

Rivero Baxter, Yisel. **Consumo cultural en Cuba: ¿Escenario de diferenciación o de desigualdad social?**. Informe final del concurso: Fragmentación social y crisis política e institucional en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO. 2002.

Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2002/fragmenta/rivero.pdf>

www.clacso.org

RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

biblioteca@clacso.edu.ar

Consumo cultural en Cuba: ¿Escenario de diferenciación o de desigualdad social?

Msc. Yisel Rivero Baxter*

Presentación

El artículo que se expone, constituye un esfuerzo por reflexionar sobre el consumo cultural en la población cubana, con vistas a profundizar si implica diferenciación o desigualdad. ¿Por qué considerarlo desde esta perspectiva en el contexto cubano?

En “la década del noventa”, el logro del desarrollo económico con una sociedad equitativa y solidaria sufrió un duro golpe, a raíz del profundo cambio en el escenario mundial con la caída del campo socialista, entre otras razones. En este escenario, la inserción de Cuba en el mercado internacional, con condiciones competitivas de partida desfavorables, conllevó a políticas de reordenamiento y reajuste¹, bajo la disyuntiva de promover el desarrollo económico sin sacrificar los ideales sociales del proyecto. Entre las principales medidas que se tomaron se destacan: apertura al capital extranjero, despenalización de la tenencia de divisas (dólares), autorización de las remesas familiares, creación de casas de cambio y mercados de productos agropecuarios e industriales que operan bajo la ley de la oferta y la demanda, mayor espacio para el empleo por cuenta propia, reestructuración del aparato administrativo estatal, saneamiento de las finanzas internas y la implantación de un nuevo sistema tributario (Álvarez, 1998).

Si bien los cambios se han concentrado en mecanismos económicos, los especialistas han reflexionado sobre su impronta en el entramado social. Tal es el caso de la despenalización de la tenencia de divisas, que ha incidido en el debilitamiento del papel movilizador del salario en moneda nacional y la búsqueda a toda costa, por parte de la población, de este tipo de ingresos, en tanto implican un poder de compra más elevado que el del peso cubano (González, 2000)². En este sentido, se evidencia también una concentración de los ingresos en un número limitado de la población. A pesar de que a partir del '97, se incrementaron los salarios en determinados sectores, como la salud y la educación, prevalece esta desigual distribución, dependiendo, fundamentalmente, del acceso o no al dólar, no siempre en correspondencia con la cantidad y calidad del aporte de los ciudadanos a la economía del país.

De modo general, las anteriores reflexiones no han obviado los esfuerzos por contrarrestar estas repercusiones y reconocen los múltiples mecanismos que se utilizan, tales como: limitar la expansión de la propiedad privada y la posibilidad de crecimiento de grupos explotadores y vulnerables; favorecer que las fuentes de diferenciación sean el trabajo y el esfuerzo personal; además de conservar la responsabilidad estatal con respecto a las garantías sociales (Perera, 1998). Todo lo cual marca una diferencia respecto a las reformas neoliberales implantadas en Latinoamérica, en el sentido de velar por las implicaciones sociales que tengan, amén de sus resultados en el plano económico general.

Con todo, queda al descubierto el fenómeno de la desigualdad social, desde la perspectiva de la peculiaridad que adquiere en el contexto cubano. No se han limitado los derechos esenciales del proyecto social (trabajo, educación y salud), sino que el término cobra sentido, en relación con las desproporciones en las oportunidades de acceso al consumo, en su significado más amplio (Perera, 1998). De esta manera, todo indica que dicha esfera se está

configurando como un escenario de desigualdad importante en las actuales condiciones sociales.

Como se ha dicho, en consecuencia de la crisis de los años '90 y sus respectivas reformas, su papel diferenciador se ha ido incrementado y por lo tanto, es incuestionable la pertinencia de su abordaje investigativo. Para ello abordaremos la forma en que se usan y apropian los bienes culturales disponibles, asumiendo que los consumidores no constituyen un grupo homogéneo y que dichas maneras marcan las distancias sociales entre ellos.

Repensar el consumo

El consumo es una noción que ha originado múltiples polémicas, sobre todo en su vinculación con las investigaciones culturales, debido a su impronta económica. Sin embargo, cada vez más ha devenido en un eje de análisis, que permite comprender actitudes, comportamientos y desigualdades en la realidad social. Esto ha favorecido un incremento de su atención sociológica. Se considera que en la vida de la gente gana espacio el uso material (de bienes y servicios) y el simbólico (de conocimientos, información, imágenes, entretenimiento, iconos), al punto que se afirma, que estamos pasando de la sociedad basada en la producción y la política, a la sociedad basada en el consumo y la comunicación (Hopenhayn, 2001), del capitalismo de producción al de consumo. En correspondencia, diversos autores han privilegiado el análisis de su lugar creciente en la configuración de las identidades colectivas o de clase y en la permanencia de las posiciones de ventaja y desventaja de las mismas.

García Canclini (1995) entiende que concebirlo como el lugar de lo suntuario y lo superfluo, es reducir su capacidad explicativa de las sociedades actuales, de sus procesos ya sean de integración/diferenciación, de la estructura política y cultural, además de negar la capacidad que el sistema social le concede para integrarse a sí mismo. Reflexiona, siguiendo a Bourdieu, que en la selección y apropiación de los bienes, se define lo que se considera públicamente valioso, así como las maneras en que se integran y distinguen las personas. Este autor nos propone una sistematización, que resalta las dimensiones más importantes de este concepto, donde conecta las distintas interpretaciones ofrecidas por las teorías económicas, antropológicas, sociológicas, psicológicas y otras. Las agrupa en seis modelos, que asumen al consumo como: un proceso ritual (1) y espacio de: reproducción de la fuerza de trabajo y de expansión del capital(2); pugna por la apropiación del producto social de los grupos y las clases (3); diferenciación social y distinción simbólica entre los grupos sociales (4); integración y comunicación entre clases y grupos (5); objetivación de los deseos e impulsos indefinidos (6)

A su vez el autor, considera que estos modelos son aplicables a todo tipo de consumo y llevan implícito su carácter cultural. Aunque defiende esta propiedad contenida en cualquier práctica, prefiere usar el término de consumo cultural, considerando como tal “El conjunto de procesos de apropiación y usos de productos en los que el valor simbólico prevalece sobre los valores de uso y de cambio, o donde al menos estos últimos se configuran subordinados a la dimensión simbólica” (García Canclini, 1992: 34)

Esta conceptualización incluye dos ejes fundamentales, que fueron considerados en nuestro análisis: el de los bienes propiamente culturales y el de aquellos que tienen un valor simbólico para las personas. Los primeros se relacionan con las distintas manifestaciones

artístico-literarias (música, teatro, literatura, plástica, ballet/danza, cine, etc), los medios de comunicación masivos y la cultura popular; mientras que los segundos, con la vida cotidiana, como puede ser el uso de la ciudad.

Ahora bien ese consumo se expresa en prácticas concretas, lo que remite a a la acción directa, en tanto se escribe una novela, se va al teatro, se ve televisión, etc. (Williams, 1992), las que varían en función de los individuos, los grupos y las sociedades. Esta diversificación, es resultado, a decir de Ariño (1997), de que los bienes simbólicos obran como una especie de recurso, que se dispone de manera diferencial entre los miembros de una sociedad, a partir de determinados rasgos. En correspondencia, examina sobre las posibles fuentes de diversidad o diferencia. En primer lugar se refiere a variables sociodemográficas (sexo/género, ocupación, edad, momento del ciclo vital, etc.) como condicionantes de una diversidad intracultural. En segundo, al nivel de aislamiento de determinadas sociedades o los fenómenos de aculturación, multiculturalismo a partir de la integración planetaria, los que favorecen una diversidad intercultural. En tercero, asume la desigualdad, pues no existe un reparto proporcionado y equitativo de los bienes simbólicos, sino su “*distribución estratificada*”, a partir de razones variadas, convirtiéndose así la cultura en un “marcador de las distancias sociales”. De esta forma, si bien la diversidad cultural es una de las formas en que se manifiesta la cultura, la desigualdad constituye una posible fuente de la misma.

En el caso que nos ocupa, la desigualdad será analizada en relación con los distintos grupos sociales, con respecto a la apropiación y uso de los bienes culturales. Precisión que nos permite delimitar de que estamos hablando, inspirados en Bobbio (1993), el cual aboga por puntualizar ¿Entre quiénes y en qué?.

Los ejes conceptuales, anteriormente esbozados, han tenido un correlato en la práctica investigativa sobre este tema. De modo general, el estudio de los procesos de consumo cultural, se ha centrado, al menos, en tres áreas fundamentales, unas veces interconectadas y otras no, ellas son: la ciudad; los bienes culturales clásicos (libros, revistas, periódicos, música, cine, teatro, museos y otros) y los medios audiovisuales (TV, radio y otros).

En cuanto a la primera se destacan los análisis de varias ciudades de Latinoamérica, como Buenos Aires (1988), Brasilia (1989), Santiago de Chile (1987) y Ciudad de México (1989) En este último, que también aborda las restantes áreas, García Canclini y Piccini (1992), se propusieron conocer los comportamientos culturales de esa población. Para ello se centraron en tres ejes: *uso del tiempo libre* (tiempo de no trabajo ni estudio, referido a los fines de semana y días de descanso); *bienes culturales clásicos* (nivel y frecuencia de lectura de periódicos, revistas y libros, preferencia de música, asistencia al cine, teatro, museos y otros espectáculos, actividades de la localidad, uso del radio, video y TV, especificando para este último las horas de exposición, lugar, canales, tipos y nombres de los programas más vistos, razones por las que se ve y su acceso por cable); y *equipamiento doméstico* vinculado a la cultura (medios audiovisuales, instrumentos musicales y objetos decorativos). Todas estas fueron relacionadas con aspectos sociodemográficos (lugar y tiempo de residencia, sexo, edad, estado civil, escolaridad, ocupación, etc.). Los ejes así expuestos fueron retomados de alguna manera por nosotros.

En Cuba este tema ha sido estudiado insuficientemente. Debido por una parte, a que en el pensamiento social y en las políticas implementadas se han considerado las relaciones

objetivas como las esenciales y lo subjetivo como algo derivado; en este caso lo cultural, sin tener en cuenta su carácter constructor de la realidad, de forma que predominaba una centralidad en la dicotomía objetivo-subjetivo en la explicación de las relaciones sociales. Y por otra parte, a la fortaleza de las transformaciones llevadas a cabo por la revolución para ampliar el acceso al consumo cultural de los sectores populares, que si bien atenuaron las distancias sociales, invisibilizaron nuevos procesos de diferenciación, lo que implicó que éste no se configurara en un área de investigación en sí misma, ni como componente importante de los estudios de desigualdad. Esto provocó, de alguna manera, que no haya sido un tema prioritario en las ciencias sociales cubanas. No obstante, fue abordado a través de dos caminos fundamentales: las investigaciones de la comunicación y los estudios sobre el empleo del tiempo de la población.

Los de comunicación han tenido varias etapas, tal como nos propone Alonso (2000). *La primera* en “la década del cuarenta”, donde se introducen las encuestas electorales, los *surveys* y la medición cuantitativa de las audiencias y en los años ´50, en que se incrementa el análisis de la publicidad, ya sean los textos como su impacto, de los medios de comunicación, del mercado y desde un punto de vista psicológico, la recepción³. En *la segunda*, durante los años 60 y principio de los ´70, estos estudios se debilitaron, debido a la nacionalización de los medios y sus nuevas funciones de educación, orientación y movilización, aunque entre los pocos que se hicieron, se destacan aquellos preocupados por la imagen de dirigentes políticos y por la comparación entre la prensa burguesa y la revolucionaria. *La tercera* contempla mediados de los años ´70 y fines de los ´80⁴, en la cual sobresalen dos tendencias en la investigación: estudios de audiencias y efectos, en los medios audiovisuales y el análisis de contenido e investigaciones históricas. *La cuarta* es posterior a los años ´90⁵, cuyo énfasis radica en la recepción y el consumo, hay un retorno al sujeto, su recepción activa y se perfila un interés por lograr un conocimiento profundo, donde la actividad de la audiencia se relacione con estructuras y procesos sociales más generales. En este mismo período, se mantuvo la preocupación por conocer los gustos, preferencias, actitudes y niveles de satisfacción del público con respecto a la manifestación artístico-literaria de que se tratara y la de valorar el papel de las instituciones en la modificación de actitudes, conductas y en la formación de determinados valores.

En las investigaciones sobre tiempo libre, la labor del Instituto Cubano de Investigación y Orientación de la Demanda Interna (ICIODI), creado en 1971, fue meritoria. Realizaron investigaciones sobre la utilización del tiempo en el interior de los hogares, específicamente: tiempo en que permanecían las personas, actividades que realizaban, quiénes las realizaban y espacios que utilizaban (comunidad de Alamar, 1973)⁶, además del presupuesto de tiempo (comunidad rural “los Naranjos”, marzo, 1975). Éstas sirvieron de premisa importante para los posteriores estudios de carácter nacional que se hicieron, los cuales se ocuparon de conocer: los problemas que afectaban a las mujeres en las tareas domésticas; el volumen de tiempo libre, las actividades que incluía y la comparación de éstas durante los días entre semana y el fin de semana (septiembre, 1975 y mayo, 1979)⁷.

Además del papel de esta institución, se destaca la del Ministerio de Cultura surgido en 1976, donde el interés ya no era la magnitud y el uso de dicho tiempo, sino “la cultura del tiempo libre en las comunidades del país”, lo que se estableció como uno de los Problemas Principales de las ciencias sociales. Este concepto devino en un modelo teórico-metodológico compuesto por cuatro elementos básicos: la oferta estatal y social (sistema de

actividades, opciones e instalaciones), la educación (información y conocimiento sobre la existencia, calidad y las funciones de cada opción, así como de sus valores culturales), la motivación para el tiempo libre (necesidades, motivaciones, intereses, gustos) y la práctica recreativa. Esta última estudiada en el contexto de un marco más amplio que era el modo de vida.

La hipótesis que prevalecía en los análisis era que la cultura del tiempo libre, junto a las dificultades en la gestión estatal en este campo, condicionaba los problemas de este tiempo, más que las restricciones económicas, materiales y técnicas (Roque, 1993). En aras de su argumentación se hicieron investigaciones centradas en cada uno de los cuatro elementos que componían el modelo⁸.

Otro momento importante, en fecha más reciente (1998) lo constituyó el esfuerzo por conocer los intereses y hábitos culturales de la población, a través de una encuesta nacional en las zonas urbanas del país⁹. Este estudio se diferencia del de épocas anteriores, donde el concepto esencial era el de tiempo libre, al plantearse el de consumo cultural. En correspondencia se propusieron no sólo identificar las principales actividades culturales que eran realizadas con mayor frecuencia por la población, sino también sus intereses y expectativas, mediados por variables sociodemográficas (sexo, edad, nivel de escolaridad y ocupación). Todos estos elementos permitieron obtener una visión más abarcadora del fenómeno estudiado.

Esta perspectiva fue retomada en una investigación posterior de carácter provincial¹⁰, donde igualmente se analizó el mismo, pero esta vez como expresión de la participación de la población en el desarrollo cultural. En congruencia, además de los hábitos, intereses y expectativas artísticos-culturales, se consideraron las formas, espacios, niveles y estructuras de esa participación, según las variables sociodemográficas, anteriormente mencionadas

Los estudios del consumo cultural en Cuba, siguiendo la trayectoria descrita, han adolecido en cierta medida, de un análisis que vincule estos resultados con fenómenos apremiantes de nuestras sociedades, como pueden ser la globalización de los mercados y sus efectos en la exclusión, las desigualdades, entre otros. En esta lógica, la investigación que se presenta intenta poner el acento en el aspecto específico del fenómeno de la desigualdad social, desde un contexto distinto al de la mayoría de los países latinoamericanos, donde los procesos antes mencionados son sus rasgos distintivos. En la sociedad cubana, la cual intenta construirse como una opción frente a las neoliberales, existen manifestaciones de desigualdad que podrían conllevar a fenómenos de exclusión y fragmentación social, lo cual atentaría a la estabilidad del proyecto social, erigido precisamente sobre la base de la integración, la movilización y el compromiso social de su población.

La desigualdad, había sido abordada de cierta manera por estudios, que la reivindicaron como algo importante en el contexto del socialismo, a partir de análisis críticos de las políticas igualitarias que muchas veces no contemplaban la diversidad de la sociedad y en ocasiones, paradójicamente conllevaban a este fenómeno. Tema que se retoma a partir de los efectos sociales del reajuste de la economía cubana, desde “la década del noventa”, época donde se vieron laceradas las políticas sociales de igualar el acceso al bienestar material y espiritual, de la población. Dentro de las consecuencias más inmediatas se observan: la diversificación del empleo y con ello la aparición de nuevas formaciones de clases y recomposición de capas medias, la fragmentación interior a partir de la división

entre ocupados en el sector estatal, en la economía mixta y el capital extranjero; entre los de la economía informal como asalariados o trabajadores autónomos y entre sectores tradicionales y emergentes¹¹. Lo anterior ha conllevado a un diferente acceso a la satisfacción en la esfera del trabajo y de la vida en general. En consecuencia se destacan, dentro de los rasgos del actual proceso de reproducción de la estructura social, la complejidad de las relaciones sociales, que conduce a la polarización en “élites y vulnerables” (Espina et al., 1998b).

Esta cuestión también ha sido analizada en la territorialidad, cuya evidencia radica en: crecimiento de la población urbana en cuanto a ingresos inferiores a la línea de pobreza, sobre todo en las provincias orientales¹²; divergencias provinciales considerando su Índice de Desarrollo Humano, donde más de la mitad se concentran en las categorías de medio y bajo¹³; existencia de determinados municipios en estado crítico, concentrados en las regiones orientales; impacto desigual de la reforma económica, que supone un espectro que va desde territorios mejor conectados con las tendencias nacionales, donde se revitalizan específicas formas económicas (turismo, actividades del capital extranjero, empresas mixtas) hasta aquellos que están totalmente apartados de las mismas o que sus transformaciones son más lentas y con menos fuerza y por lo tanto, son más vulnerables (Espina, 2001)

Las referencias anteriores, confirman que este tema ha sido considerado como esencial en la realidad cubana, pero su abordaje en el ámbito cultural no se ha dado de una manera explícita. Si bien se encuentran reflexiones en torno a las distancias encontradas en la población en esta área, no se problematiza en qué medida están indicando desigualdades sociales entre los individuos, grado de exclusión u otros problemas comunes a las sociedades contemporáneas, los cuales pueden adquirir en Cuba formas particulares de expresión.

En nuestro país, la información sobre el consumo cultural por regla general, no relaciona los tipos de bienes y servicios que lo delimitan, con los grupos sociales y los significados que le atribuyen, ni con sus niveles de ingresos. En su lugar se privilegian otras dimensiones estructurales y demográficas. Tampoco se ha profundizado en conocer en qué medida ese acceso implica una diferenciación, en términos de diversidad de prácticas o de una desigualdad social de la población.

Este trabajo se propone entonces, suplir algunas de esas carencias, a partir de resultados concretos que contribuyan a comprender las principales prácticas de consumo cultural de la población cubana y su relación con factores económicos y sociales en general. Para ello nos remitimos a ciertos resultados de estudios previos, como la encuesta nacional y el de Villa Clara, mencionado anteriormente, además de entrevistas abiertas realizadas a 14 personas, de variadas edades, sexo, nivel educativo y ocupaciones. Nuestra intención es distinguir y revelar temas significantes para la tesis que defendemos: la mayoría de las prácticas culturales de la población estudiada, si bien responden a intereses específicos, expresan en última instancia sus desventajas económicas.

Conformación de un mapa social

Dado que partimos de la heterogeneidad inherente a la población, configurada además de por la edad, ocupación y el género, por determinado capital económico, cultural y social, es de interés señalar como se manifiestan en la muestra estudiada.

La opción de considerar dichos capitales, es deudora del pensamiento de Bourdieu (1990) respecto al cual el espacio social comporta reglas de diferenciación o distribución, conformadas por las “propiedades” con las que cuentan los individuos. A su juicio las mismas no son más, que las diversas especies de poder o capital vigentes en los distintos campos, expresadas en tres dimensiones fundamentales: *económica* (recursos materiales, ingresos, propiedades, etc.), *cultural* (bienes culturales, cuadros, libros, capacidades artísticas, estilísticas, etc) y *social* (relaciones sociales que los individuos pueden movilizar). Cualquiera de estos tres puede devenir en un capital simbólico, al ser captado mediante las categorías de percepción de los otros, comúnmente entendido como prestigio, reputación, renombre, forma percibida y reconocida como legítima de las tres especies de capital (Bourdieu y Loic J. D. Wacquant, 1995). Con todo, lo destacable es que no establece jerarquía entre dichas propiedades, sino que su importancia se define en función de la naturaleza del campo en el que ocupa un lugar esencial. En algunos el económico condiciona las posiciones de los agentes, mientras que en otros, la relevancia es para el cultural o el simbólico. De esta forma la posición en el espacio social, está dada por el volumen global del capital y por su composición.

En nuestro caso concreto el capital económico será medido a través de los ingresos en dólares, que se reciben mensualmente en el hogar. El total de los mismos, se obtuvo convirtiendo lo que perciben en pesos cubanos en dólares, de acuerdo a la tasa imperante en las casas de cambio (26 pesos equivalen a un dólar). Partiendo de que una persona que no tenga acceso al dólar debe comprarlo por esa cantidad en moneda nacional. La necesidad de éste, se explica por el mayor peso que tiene este tipo de mercado.

En Cuba se reconocen cuatro componentes del mercado general: 1) en moneda nacional con precios fijos, donde se incluyen los alimentos racionados, cigarros, bebidas, medicinas, electricidad, agua, gas, transporte, comunicaciones, servicios de alimentación ligera, personales y de recreación; 2) moneda nacional a precios libres, donde se destacan alimentos, cigarros, bebidas, artículos de higiene y limpieza, confecciones, calzado, textiles, muebles, transporte, servicios personales, artesanía, etc.; 3) mercado formal en divisas (dólares) que oferta todos los productos anteriores, además de artículos de ferretería, efectos electrodomésticos, servicios de alimentación de toda categoría y de hotelería y recreación; 4) mercado informal que funciona en ambas monedas. (Ferriol, 2000)

Con respecto a los mismos es importante considerar que a pesar de que el primero, al funcionar a precios fijos en correspondencia con el salario oficial promedio de la población, permite el acceso de la mayoría a algunos de los artículos básicos, no logra suplir del todo las necesidades elementales, por lo que las familias deben acudir a los tres restantes. Estos últimos se caracterizan por la preponderancia del dólar en comparación con el peso cubano, pues incluso los que operan en esta moneda, fijan sus precios libres, en función de la tasa de cambio, lo que implica que en ocasiones sean más baratos que los del mercado en divisa, pero nunca en correspondencia con los salarios promedios. De hecho se estima que: “los precios en los mercados libres en moneda nacional son 7 veces superiores que los del mercado a precios fijos; mientras que los precios en el mercado formal de divisas pueden ser 20 veces mayores” (Ferriol, 1999: 11).

A partir de estas especificaciones se puede entender la significación que alcanzan los ingresos en la muestra estudiada, los que expondremos a continuación, distinguiéndose la proporción entre éstos y la cantidad de miembros que conviven en el hogar. En nuestro

estudio detectamos tres niveles de ingresos: BAJO, cuando se reciben hasta 60 dólares mensuales, con una proporción por persona hasta 18 dólares; MEDIO desde 61 hasta 449 dólares y proporción de 19 a 99; ALTO igual y mayor que 450 dólares y una proporción mayor de 100 dólares.

Para que se comprenda mejor el poder de compra que a dichos niveles corresponde, es relevante considerar que a pesar de que la canasta básica de alimentos, garantizada por el primer mercado anteriormente descrito, tiene un costo aproximado de 90 pesos cubanos (3.46 dólares) (Ferriol, 1999: 8); en el hogar se necesitan al menos otros 15 dólares para la compra de similares productos que la complementen. Esta cantidad representa el precio total de algunos de éstos, que se ofertan en las tiendas en dólares, en específico: arroz (lb) 0.68, azúcar blanca (lb) 0.61, frijoles negros (lb) 1.25, pollo (lb) 1.50, pan (80 g) 0.20, aceite (litro) 2.10, jabón de baño (unidad) 0.35, detergente (litro) 2.25, leche (litro) 1.20, papa (lb) 0.70, huevo (unidad) 0.23, carne de res (lb) 2.95; yogurt (litro) 1.10 (Ferriol, op.cit: 35). Si consideramos que muchos de los productos como el huevo o la carne, aparecen con una cantidad muy inferior de lo que se necesita en el mes, la suma total se eleva aún más.

A pesar de todo esto, se considera que en Cuba, la pobreza por marginalidad y exclusión no se manifiesta, debido al mantenimiento y aplicación de medidas de protección que garantizan la alimentación básica de la población a bajos precios, en concordancia con las disponibilidades existentes de productos alimenticios y con las exigencias nutricionales de niños, ancianos y enfermos crónicos. Además se ofrecen gratuitamente servicios médicos amén de su complejidad y educativos, incluso el nivel superior; un sistema de seguridad y asistencia social que contempla a la población en general, con subsidios por enfermedad, invalidez, vejez o muerte de los trabajadores, a los pensionados por necesidad de las familias u otros grupos en desventajas como los discapacitados y menores sin amparo filial (Ferriol, op.cit.)

Por su parte, el capital cultural será analizado en los tres estados que le atribuye Bourdieu (1986): incorporado, objetivado e institucionalizado. El *incorporado* supone intereses, disposiciones y conocimientos variados, ya sean relacionados a lo artístico-cultural, idiomas, nuevas tecnologías de la comunicación, etc.; el *objetivado* se refiere a la posesión de bienes culturales como libros, cuadros originales o reproducciones, muebles de estilo, esculturas, tecnologías de la comunicación (TV, video, computadora, CD, juegos electrónicos, etc), máquinas, que a juicio del autor suponen la acción del hombre, por lo que entenderemos como tal, efectos electrodomésticos (aire acondicionado, microwave, batidora, olla arrocera, etc.) y el *institucionalizado* a la tenencia de títulos escolares, (nivel educativo, siendo *alto* cuando es un nivel superior, *medio* preuniversitario y técnico medio y *bajo* niveles iguales o menores a la secundaria)¹⁴. Es evidente que los otros dos estados también pueden asumir a su vez, categorías de alto, medio y bajo, según el grado de posesión de cada uno de los componentes que le son inherentes y por consiguiente, llegar a disímiles combinaciones entre sí. El nivel definitivo se le otorgó en dependencia de lo que más predominaba; por ejemplo, los que tenían un incorporado alto, un objetivado medio y un institucionalizado bajo, su capital cultural definitivo fue catalogado de medio, en tanto prevalecía una tendencia hacia lo medio-bajo.

El capital social será analizado en función de la amplitud de la red social de cada uno de los individuos, esto es, la variedad de ocupaciones de sus amigos allegados. También se tendrá

en cuenta la jerarquía social de los mismos, es decir, si son personas de reconocido prestigio a nivel social, ya sea por su profesión como por su relación con el medio político, tal es el caso de un ministro, un alto dirigente del Partido Comunista o del poder popular, entre otros.

A partir de estas pautas de análisis y combinando estos tres tipos de capital en cada uno de los individuos entrevistados, se reflejan 10 tipos diferentes, tal como se expresa en la siguiente Tabla.

Sujetos	Cap. Cult. según los 3 estados			Cap. cult. Total	Cap. Eco.	Cap. social		Cap. Soc. total	Posición	Ocupación	Sector	Rama de actividad
	Inc.	Obj.	Inst.			Amplitud	Jerarquía					
A	Bajo	Bajo	Medio	Bajo	Bajo	Media	Media	Medio	BAJA	Trab. servicios	Estatad	Cultura
B	Bajo	Bajo	Medio	Bajo	Medio	Baja	Media	Bajo	BAJA	Trab. servicios	Privado	Gastronomía
C	Medio	Bajo	Bajo	Bajo	Bajo	Baja	Baja	Bajo	BAJA	Trab. servicios	Estatad	Salud
D	Medio	Medio	Medio	Medio	Bajo	Medio	Baja	Bajo	BAJA	Jubilada	Estatad	Salud
E	Bajo	Bajo	Medio	Bajo	Bajo	Baja	Baja	Bajo	BAJA	Trab. servcios	Estatad	Cultura
F	Alto	Bajo	Alto	Alto	Bajo	Alta	Baja	Medio	MEDIA	Intelectual	Estatad	Cultura
G	Bajo	Medio	Medio	Medio	Alto	Baja	Media	Bajo	MEDIA	Trab. servcios	Estatad	Gastronomía
H	Medio	Alto	Medio	Medio	Bajo	Alta	Baja	Medio	MEDIA	Intelectual	Estatad	Salud
I	Medio	Bajo	Alto	Medio	Bajo	Alta	Baja	Medio	MEDIA	Intelectual	Estatad	Cultura
J	Medio	Medio	Alto	Medio	Medio	Alta	Baja	Medio	MEDIA	Trab. Servicios	Estatad	Transporte
K	Bajo	Bajo	Medio	Bajo	Alto	Media	Baja	Bajo	MEDIA	Trab. Servicios	Privado	Gastronomía
L	Medio	Alto	Alto	Alto	Alto	Alta	Alta	Alto	ALTA	Intelectual (cuentapropista)	Informal	
M	Alto	Alto	Alto	Alto	Medio	Alta	Alta	Alto	ALTA	Intelectual	Estatad	Salud
N	Alto	Medio	Alto	Alto	Alto	Alta	Alta	Alto	ALTA	Intelectual (cuentapropista)	Informal	

Las primeras columnas evidencian las distintas posiciones que ocupan en el espacio social, como resultado de la aplicación de la propuesta de Bourdieu a la realidad cubana. Mientras que las tres últimas (ocupación, sector y rama de actividad) se corresponden con el cuadro socioestructural cubano propuesto por Espina et. al (1998b)¹⁵. La intención ha sido obtener

una complementación entre ambos. En este sentido se observa, en las posiciones bajas y medias del espacio social, el peso que tiene la pertenencia al sector estatal, mientras que en el alto, el del sector informal, aunque en este grupo se incluye un intelectual del sector estatal, pero su lugar está mayormente determinado por su capital cultural y social.

Estos resultados se relacionan con reflexiones hechas anteriormente por científicos cubanos que han evaluado los principales impactos de la reforma laboral iniciada en los años '90 a raíz de la crisis económica. Destacan que: los ocupados en que más incide el riesgo es en los del sector estatal y la situación de informalidad y autoempleo son más lucrativas; se aumentó la desigualdad entre los ingresos laborales promedios de los sectores formal e informal, a favor de estos últimos (Ferriol 2000). Esta situación se afianza aún más por la alta satisfacción presente en los trabajadores por cuenta propia¹⁶, a partir de que ofrece independencia, posibilidad de utilizar la iniciativa individual e ingresos más altos que en el sector estatal. En consecuencia en la sociedad predomina la imagen de este sector como una fuente de ingresos rápidos y elevados, de independencia e iniciativa individual, a lo que se suma la amplia tradición pequeño burguesa existente en Cuba antes de 1959, que aún posee portadores vivos o que ha sido transmitida a la familia y la posible influencia de la apariencia de éxito que de este sector se recibe desde Miami, uno de los pocos lugares donde la economía informal ha sido una fuente importante de ganancias y posibilidades para la acumulación. (Espina, 1998b)

Retomando el cuadro presentado, veamos a continuación los vínculos que establece dicha posición con el uso y apropiación de los bienes culturales, luego de caracterizar las principales prácticas de consumo de la población cubana.

Caracterización del consumo cultural

Este tema, analizado en un estudio a escala nacional (1998), refleja una concentración en ver TV (87.5%), oír radio (82.7%), ver películas (63.4%), leer revistas y periódicos (51.3%) y libros (41.2%). Se indica así la fuerza de los medios de comunicación masivos respecto a los bienes culturales clásicos, pues solamente el libro es el que alcanza determinada relevancia, mientras que aquellos como el teatro, la biblioteca y los museos, además de las manifestaciones del ballet y/o danza, la plástica, la literatura, la música clásica no rebasa el 10 % en su realización.

La preponderancia de la esfera privada también salió a relucir, pues prevalece la permanencia en la casa o en la de amigos y familiares (57.8%) a diferencia de los lugares culturales clásicos, que aunque alcanzaron un porcentaje relativamente importante (30.9%) guardan una distancia considerable respecto a los primeros. Proporción que se corroboró en el estudio de Villa Clara (1998), donde éstos fueron señalados por el 81.9% y los segundos por el 38.4%. Sin embargo, este resultado se relativiza al tratar de precisar el uso de dichas instituciones, donde se destacan el cine (65.8%) y la casa de la cultura (52.9%). Lo anterior muestra que aunque el disfrute del espacio público es menor que el privado, es seleccionado siempre que su oferta esté vinculada a bienes de la imagen como películas, documentales y otros materiales cinematográficos. Resultado que se corresponde con el peso de la práctica de ver películas referido anteriormente y con el hecho de que otro de los lugares que mencionados con cierta significación, fueron las salas de video (36.1%).

Así el lugar de interacción por excelencia con los bienes culturales, es el ámbito privado en detrimento del público. Esto se aviene con la tendencia internacional de la disminución en la asistencia a espectáculos urbanos, a partir del crecimiento del consumo a través de los medios de comunicación masiva en el espacio familiar, tal como reconoce Canclini (1992). Este autor considera que dicho comportamiento coincide con la distribución concentrada e inequitativa de los equipamientos para la cultura pública. En nuestro caso también aflora esta problemática, puesto que un gran número de personas (77.8%) declaró tener que desplazarse de su municipio para disfrutar de las opciones culturales de su interés, debido a que no existen en el mismo.

¿Lectura desde la diferencia o la desigualdad?

Las prácticas de consumo identificadas, se expresan de manera diferente según los tipos de personas caracterizados en la tabla, a partir de la forma en que interactúan con estos bienes culturales.

En el consumo televisivo predominan varios sentidos, sin que se evidencie una diferenciación por tipo de personas. La novela, seleccionada fundamentalmente por las mujeres de la muestra, es argumentada por la contemporaneidad de su tema: “te da la vida real” (sujeto A), “está de acuerdo con la juventud, cosas que de verdad le pasan” (sujeto C), aspecto también reconocido por el hombre que la mencionó como una práctica ocasional “a veces veo la novela por la cosa familiar, está planteando situaciones actuales, de la vida diaria, aspectos psicológicos de las relaciones humanas” (sujeto M), en esta expresión se refleja la importancia que le atribuye como un momento para compartir en familia. Otro sentido es la atracción por eventos deportivos nacionales o internacionales, que se transmiten, especialmente en los hombres, los que mostraron una afinidad y conocimientos sobre todo por el fútbol mundial y el béisbol nacional, parte de ellos también expresaron su preferencia por reportajes, documentales, o sea, aquellos programas de corte instructivo. Una tercera dirección son los programas musicales, básicamente en aquellos que expresaron un interés por esta manifestación, en especial: “Rock, clásica, popular cubana” (sujeto F) “bolero” (sujeto C) “concierto, romántica” (sujeto D). Estas personas coinciden en la no posesión de medios audiovisuales modernos como el video y equipos de música con CD, así como en un bajo capital económico, lo que conlleva a que sea el TV el medio fundamental para el consumo de este tipo de bienes.

Esto se vincula a la idea de Guzmán (1996), quien considera que los medios electrónicos como la radio y televisión, no generan discriminación, pues son disfrutados por personas de distinto sexo, edad, ocupación, ingreso, escolaridad, etc. Pero identifica, como factores discriminantes en un nivel intermedio, los diarios, revistas, libros, cine, videos, discos, etc., los cuales se intensifican en el consumo de lo "culto-académico". Ello indica que sectores importantes de público no acceden a los mismos debido a la escolaridad e ingresos. Se refuerza la tesis de que mientras mayor sean estos últimos se incrementa la frecuencia de utilización de dichos bienes intermedios y por el contrario, bajos ingresos disminuyen la posibilidad de ese uso, tal como ocurre en los casos anteriormente descritos.

El ver películas es algo que no parece estar asociado al capital cultural, pues es reconocido de una manera u otra por todos. Pero, cuando analizamos los géneros cinematográficos el vínculo se hace efectivo, delineándose dos ejes generales, que no niegan las fronteras entre ellos.

El *primero* agrupa a personas en su mayoría mayores de 30 años, centralmente hombres, con ocupaciones profesionales y alto niveles educativos, cuyos géneros preferidos son aquellos que demandan una alta capacidad de comprensión, de concentración y de conocimientos previos (*policíaco, histórico y social*). Tres sujetos de la muestra estudiada, mayores de 30 años, con alto capital cultural lo expresaron así: “Me gustan aquellas películas interesantes, que aporten algo, no de pata y piñazos, con buenos actores, trama y un significado” “prefiero la acción, policíaca, de la naturaleza, temas sociales, dramas familiares, con actores buenos, buen argumento, actuaciones y temas” “me gustan las de acción, comedias, policíacos, dramas, que tengan actores buenos y conocidos, buenos diálogos, que aporten a lo que pienso, a la vida; que permitan entender los comportamientos de las personas, que no sean muy elementales”. Argumentos que reflejan un reclamo por películas que tengan un contenido profundo, que brinden una enseñanza, una reflexión, un mensaje, tratado a partir de un buen guión y un desempeño actoral satisfactorio. Personas que coinciden también en tener un alto capital económico (sujetos L, N y J respectivamente)

En el *segundo eje*, se destacan los jóvenes menores de 30 años, estudiantes y hombres, además de aquellos con empleos de menos exigencia desde el punto de vista intelectual y niveles educativos bajos o medios. Todos los cuales priorizan géneros con códigos más directos, menos complejos, que apelan más al entretenimiento, a la distracción y a la diversión, que establecen una comunicación más directa con el receptor: *horror, artes marciales y ciencia ficción*. Tal como lo expresa uno de los entrevistados “... prefiero las películas de piñazos y pata, tiros y cosas de esas, la violencia, me gustan los videos sorprendentes, que son de accidentes” (sujeto B). Dentro de esta orientación se observa un subeje que, aunque tiene en común con el anterior niveles educativos medio y medio/superior y la preferencia por géneros similares a los anteriores (*aventuras, comedia y musical*), difiere en el mayor peso que tienen las mujeres. Lo que se corroboró en las entrevistas: “me gustan las comedias, los dramas, no para llorar, sino los refrescantes, que te sacan de las preocupaciones del día, de la rutina”, así como una atracción por programas simples como “[...] de participación, de chisme de los artistas”(sujeto G).

Como se ha visto ambas tendencias se distinguen en lo fundamental por el capital cultural y no por el económico. No obstante, es indudable que el ver películas se vincula con la disponibilidad de medios audiovisuales. Personas que posean videos o antena de satélite, tienen mayor posibilidad de seleccionar películas de su preferencia que las que no, incluso pueden disfrutar de una variada oferta de géneros. De hecho, los que declararon ver TV y video, como actividad principal durante su tiempo libre, fueron aquellos que cuentan con este tipo de medio y se ubican en la segunda tendencia, cuyo capital económico es medio y alto, mientras el cultural es bajo (sujetos B y G).

La lectura de periódicos y revistas tiene un gran peso en los sujetos de 31 a 50 años, dirigentes y pensionados, con un nivel superior de instrucción y hombres. Línea que también se reflejó en la muestra estudiada pero con diferencias según el sexo, el capital económico y el cultural. Por una parte, prevalece un interés cognitivo, en cuanto a la utilidad para su trabajo o profesión en aquellos que tienen un alto capital cultural y medio/alto económico y por otra, de entretenimiento en los de cultural medio/bajo y económico bajo. En el primer caso se destacan hombres, “ leo periódicos y revistas que hablen de la actualidad internacional, el mundo en general, yo tengo un dominio más o

menos de lo que pasa en el mundo, también revistas de mi especialidad, de la ética médica” (sujeto M), “leo revistas sobre la naturaleza, la decoración” (sujeto N). Mientras que en el segundo, mujeres “me gusta tener varias revistas, Hola, la revista semana, que tratan sobre la monarquía y la aristocracia europea, conocer sus interioridades” (sujeto D); “Leo revistas (la bohemia, mujeres, somos jóvenes), cualquier cosa que me caiga en las manos y lo que más leo de éstas son los muñequitos y las figuritas que te ponen” (sujeto C). En estos criterios se muestra además cierta correspondencia entre la apropiación de este tipo de lectura con los capitales económicos y culturales.

Al considerar los bienes culturales “clásicos”, sólo alcanzaba relevancia el libro, con respecto al cual se distinguen las personas con edad e/ 15-30 años, ocupación de profesionales, dirigentes o estudiantes y un nivel educativo superior. Características que se repiten al analizar los que priorizaron la literatura como uno de sus intereses artísticos-culturales, aunque se incluyen también los de edad de 21 a 40 años, los de nivel medio/superior y las mujeres. Ahora bien éstas no se comportan por igual según los géneros y temáticas favoritas.

Aunque la novela constituyó el género predilecto, sobresale la población con una edad entre 15 y 40 años, trabajadores administrativos, profesionales, estudiantes; nivel educativo superior y mujeres. En el resto, es relevante que aquellos con niveles superiores de educación, expresan una gran variedad de preferencias al incluir a todos los géneros, mientras que los de medio/superior lo hacen sólo por el cuento, el teatro y las historietas. Con todo, llama la atención que quedan, en cierta medida, excluidos individuos cuyas labores demandan menor preparación como pueden ser los obreros, cuentapropistas, amas de casas y sus niveles educativos son inferiores al medio, los cuales no se destacan por anteponer ninguno de éstos.

La regularidad de que personas con profesiones académicas y niveles educativos altos, expresen intereses literarios vinculados a áreas específicas que demanda habilidades intelectuales concretas, se confirma asimismo en lo que se refiere a los temas de lecturas. En este caso lo histórico, político-social y científico-técnico, tópicos con cierto grado de complejidad para su comprensión, son seleccionados por personas de nivel superior y mayores de 31 años. A diferencia de aquellos de más fácil y evidente interpretación, como la ciencia ficción, romántico, aventura y horror, escogidos por los de niveles educativos medio/superior y edades menores de 30 años. Por su parte, aunque el policíaco (37.2%) es mayormente señalado respecto del resto, cobra especial interés para individuos de 15 a 40 años, dirigentes, profesionales, estudiantes, de un nivel superior.

De esta manera se refuerza la tesis de que la ocupación y el nivel educativo, establecen una distinción entre las personas según la práctica de lectura y sus estilos favoritos. En este sentido se comprobó en la muestra estudiada una mayor atracción por la lectura entre este tipo de personas, cuyo capital cultural es alto, que reflejan valoraciones y preferencias que indican una interacción sistemática con los libros y cierto dominio de las claves necesarias para su comprensión: “ puedo leer una novela, un tratado filosófico, ahora estoy leyendo “la insoportable levedad del ser” de Kundera y uno sobre Juana de Arco, también me gustan todos los clásicos incluyendo a los cubanos o la literatura africana” (sujeto F) “me gustan los policíacos, de espionaje, históricos, por ejemplo “Así se templo el acero” que trata de la lucha generacional entre lo nuevo y lo viejo, algunos que quieren transmitir sus experiencias y otros no; La Odisea, El Padrino, que tiene de todo, es emocionante, hay

partes picantes, de violencia; tienen que ser libros con temas buenos, mucho diálogo” (sujeto I) “leo best seller, que a veces son de poco contenido, pero otras son de investigación periodística, te dan información, actualizan; también es bueno leer los clásicos del francés, del inglés (Quijote, Shakespeare) y también lo moderno García Márquez. Lo importante de un libro es su calidad, su forma, que no sea árido, aunque haya autores áridos pero profundos como Carpentier, Martí con sus grandes párrafos y subordinadas. Roa también era de grandes párrafos” (sujeto M).

Los resultados obtenidos en relación con la literatura como interés de los individuos y con la práctica de leer libro, nos sugiere que la misma se asocia con ocupaciones y niveles educativos que favorecen el desarrollo de un conjunto de capacidades técnicas y determinado capital cultural, necesarios para poder interactuar y descifrar los códigos del lenguaje escrito. De forma que generan una discriminación de acuerdo a los géneros apreciados, en tanto no es suficiente un capital mínimo, como saber leer para poder desentrañar lo que se lee, sino que son precisas pautas concretas, que no se distribuyen por igual en la sociedad. Con todo, el capital económico también influye, lo que se comprueba en que dos de las personas que anteriormente mostraron su atracción hacia la lectura, refieren su no posesión de libros, ya sea por sus condiciones de vida, como por la carestía de los mismos “... tengo una tendencia a no comprar tantos libros, porque no tengo espacio en mi casa [...] muchos me los prestan” (sujeto F) “ahora los libros son muy caros, a no ser que me presten alguno”(sujeto I). En esta descripción se evidencia una de las reflexiones más importantes de Bourdieu sobre la doble dimensionalidad en la apropiación de un bien cultural, referida a la necesidad de determinado capital económico y cultural.

Esto se trasluce también cuando indagamos sobre el resto de los bienes culturales clásicos (teatro, artes plásticas, museos, ballet y/o danza, música clásica), los que adquieren ciertos rangos de significación, para aquellos sectores compuestos por: personas jóvenes (15-20), de ocupaciones técnicas o estudiantes y de niveles educativos superiores. Predisposición que se confirma asimismo en la muestra entrevistada, donde tiene un gran peso el capital cultural, tal como lo reflejan dos hombres, de aproximadamente 30 años y un nivel educativo superior.

El primero (sujeto F) muestra un interés por las artes plásticas, el teatro y la música y en correspondencia acostumbra a seguir algunos eventos culturales que se celebran: “mayo teatral, festival de guitarra, exposiciones de artes plásticas, conciertos en la basílica, la catedral”. Esta inclinación, se refuerza aún más en preferencias concretas, avaladas por conocimientos específicos respecto a los mismos, favorecidos por su profesión de historiador.

En el caso de la pintura señala que aunque le agrada cualquier estilo, opta por el género de paisaje, reconociendo su capacidad de apropiarse de la misma “[...] tengo un entrenamiento de no mirar la pintura solamente, sino ver en ella [...] cuando miras analizas la obra y no dejas de buscar la explicación y los por qué del recurso que tiene, del color, de las líneas, que estilo tiene, del Renacimiento donde empiezan los claros-oscuros, está la pintura barroca, la pintura romántica, las neoclásicas, está el impresionismo, el expresionismo, el cubismo, el futurismo, el abstraccionismo, el rococó, que es el llamado barroco tardío, sobre todo las pinturas galantes, está también el op arte, el arte óptico, el pop arte, el popular arte, el arte cinético [...] dentro de la cubana me gustan Carlos Enrique de los años ’30 a ’40 y Románach, además de Picasso, en lo internacional”. En relación con el teatro

“No es lo mismo un teatro para divertirse, al estilo de una comedia, el bufo cubano de la primera mitad del XX y el que es para reflexionar [...] lo que más me gustó de una obra que vi, fue la creatividad y la ingeniosidad de quien escribió el guión y también la actuación”. En la música refiere variados géneros y en sus argumentos se evidencia un entendimiento de los mismos “me gusta la música popular cubana, los grandes soneros, boleros, la gente del filin, también la salsa, que hay más de guaracha que de salsa, que es el nombre comercial. En lo internacional, me gusta mucho el rock, que hay tres tipos de rocks, a mí me gusta más el sinfónico, que es el de Queen, está el hard rock y el heavy metal, rock metálico más fuerte que el hard rock, hay otras derivaciones del metal. También está el rock progresivo, de los ´70. Dentro de Norteamérica cada uno tiene su estilo, no es lo mismo el rock que hace Pich Boy que es de California, o el que hace Toto o el que hace por ejemplo Boston o el que hace Chicago, o sea reúne muchas declinaciones. También me gusta la música popular latinoamericana, la brasileña, Chico Buarque, Caetano Veloso, Djavan, Bercia, Gal Costa, Chico Buarque de Holanda, Fito Paes, Charlie Garcia, La negra. Además de música cubana más antigua, Cervantes, Esteban Salas, que es el primer músico cubano reconocido, a quien ubican en el barroco dantino y con influencias del clasicismo, toca mucha música religiosa”.

El otro joven (sujeto L) también acostumbra a seguir eventos culturales, como: “festivales de cine, teatro y ballet”, mostrando preferencias concretas y conocimientos de los mismos. Del cine refiere atracción por “películas argentinas, brasileñas y el cine americano independiente porque se hace con propios medios, sin compromiso con las grandes meca de Hollywood, me gustan los temas y la forma en que los tratan”. Del teatro: “temas sociales y comedias” mientras que se interesa durante el festival por “conocer nuevas obras y actores, es un ambiente saludable y rico, me impresionó mucho “Gepetto” obra argentina, que trata sobre la relación de un padre y un hijo.”; mientras que del ballet lo que más disfruta es: “combinación de danza y música, destreza de los bailarines” y expresa criterios de evaluación y de selección precisos: “todo como un conglomerado, no solo si la bailarina hizo tantos giros o el bailarín saltó alto, sino la puesta en escena, lo veo como una pieza, no sólo las figuras principales, la pieza está hecha para que todo funcione [...] casi siempre busco la obra que no haya visto, las novedosas, porque cuando ves una representación por una bailarina muy buena, no la quieres volver a ir a ver hecha por otra, porque te quieres quedar con el último recuerdo que quedó muy bueno. Entre las obras que me impresionaron y emocionaron está Lorna Feijo en “El lago de los cisnes””. Además de que reconoce el desarrollo de esta manifestación en el país: “Alicia Alonso fundó la escuela de Ballet cubana, gracias a ella tenemos un ballet que puede competir con cualquier Ballet a nivel mundial en cuanto a calidad, nuestros bailarines están más que bien reconocidos por todo el mundo, son muy buenos técnicamente y donde quiera que se paren, hay que quitarse el sombrero”.

En ambos casos se comprueba un alto capital cultural, a partir de su interacción habitual con determinados bienes culturales y de una apropiación real de los mismos, al mencionar tendencias, obras concretas, figuras principales y valoraciones que denotan el dominio de determinados códigos para su lectura. Sin embargo, el acceso a los mismos es diferente para cada uno según su capital económico.

El primero tiene este capital bajo y en correspondencia, sus condiciones de vida impiden la tenencia de dichos bienes. En relación con la música, posee muy pocos cassettes y CD, ni

tiene equipos para oírlos; con la pintura, no cuenta ni con reproducciones de obras famosas y menciona la añoranza de pinturas al óleo, para decorar su casa; mientras que con los libros señala la falta de espacio. Por lo tanto plantea, para el total disfrute de los bienes que le atraen: “mejores condiciones de vida, tener más privacidad en mi casa, un equipo de música y los discos que me gustan”. Esta demanda se comprende mejor si tenemos en cuenta las características de su casa, en la que vive con su madre: apartamento interior, con un solo cuarto y un radio-grabadora, además del TV y el refrigerador, situada en un barrio periférico, lo que dificulta el acceso a la parte más céntrica de la ciudad. Condiciones que se esperan según su capital económico, lo cual implica un nivel muy bajo de disponibilidad de dinero para satisfacer sus necesidades culturales. Dichos inconvenientes contrastan con un alto capital cultural y por consiguiente, una alta disposición hacia determinados bienes culturales, avalado incluso por la jerarquía de prioridades que establece en sus gastos particulares “Si no es en cosas de comer, es en teatro, cine, conciertos, en cuestiones culturales”. La motivación expresada, si bien lo convierte en un consumidor asiduo de este tipo de bienes, con gran capacidad para su apropiación, no es suficiente para el total acceso y disfrute de los mismos. Su posición de desventaja económica se hace evidente si lo comparamos con el otro sujeto, el cual tiene un capital económico alto, vive solo con su novia, en un apartamento moderno de 2 1/2 cuartos, equipado con refrigerador y lavadora automática moderna, TV a color moderno, video, equipo de música con CD y algunos CD, situado en la parte céntrica de la Habana (vedado), lo que le facilita el acceso físico a las distintas instituciones culturales. De esta forma no sólo cuenta con un capital cultural favorable para el disfrute de los mismos, sino también un alto económico, efectivo en las buenas condiciones de vida.

A pesar de la condicionalidad que le otorga el capital económico, es evidente la influencia del cultural. Aspecto que salió a relucir en un estudio reciente en la provincia de Holguín, donde al preguntar las posibles causas de por qué las personas no se sentían inclinadas hacia actividades relacionadas con las manifestaciones culturales clásicas, el criterio que prevaleció fue precisamente el referido a esta propiedad y la responsabilidad que juegan las instancias sociales para desarrollarla: “Falta de preparación para entenderlas “Poca incidencia de la familia en inculcar estos gustos” “Poca incidencia de las instituciones sociales en la formación de éstos”.

A pesar del peso que se le otorga a los conocimientos necesarios, creemos que esto no impide poder disfrutar de los mismos, sino que lo más importante es que la persona muestre una inclinación y una predisposición hacia los mismos, pues algunas evidencian complacerse a pesar de no contar con los criterios técnicos específicos. Tal como se muestra respecto al ballet: “yo tal vez puedo ver la obra y no ser capaz de valorar, si fue un pas de deux, o un paso de no se que, pero sí verla bonita, que me gustó o darme cuenta si alguien baila mejor o no que otro” (sujeto H) y a la pintura “me gustan muchos los pintores cubanos como Velásquez, las floras de Portocarrero, Carlos Enriquez, Sosabravo, Amelia Peláez, en sus obras se siente la fuerza que tienen, te dicen algo”, aludiendo el impacto que sobre ella puede ejercer, sin importar el nivel de reconocimiento de su autor “Lam, que a todo el mundo le fascina, a mi no me gusta, no me dice nada, de Picasso yo he visto la famosa Señorita de Roquefort y las jimaguas de no sé que [...] y el Guernica tan famoso, su obra cumbre y nada de él me gusta” (sujeto D). Las valoraciones anteriores, aunque no denotan conocimientos rigurosos de estas manifestaciones, evidencian una sensibilidad que le permite deleitarse con este tipo de bienes, lo que significa que para ello no es

imprescindible poseer un capital cultural elevado, en el sentido de un alto nivel educativo o preparación exhaustiva de esos campos.

Otro elemento condicionante del poco interés por algunas manifestaciones artístico-culturales, podrían ser problemas relacionados con la estructura, funcionalidad y ofertas de este tipo: “Falta de opciones que contemplen este tipo de actividad” “Falta de propaganda e información sobre las mismas”; así como lo difícil de conseguir las entradas: “[...] al ballet tú vas el mismo día y ya apenas quedan entradas, quedan entradas para arriba, pero los buenos puestos vuelan. Ahí todo el mundo sabe que eso es como, una mafia, esa no es la palabra, pero siempre van los mismos”

Con la música clásica también pasa algo parecido, en la encuesta nacional el interés por la de concierto alcanzó solamente el 8.9% y la asistencia a conciertos de este tipo un 2.8%. Con respecto a la misma, en la muestra estudiada se refleja una preferencia en aquellas personas con disímiles capitales culturales, en especial medio/alto y económico que dificultan la identificación de un perfil de sus consumidores más asiduos. Tal es el caso de un muchacho joven, graduado universitario, ingresos altos y posesión de medios audiovisuales modernos que refiere un interés y prácticas de este tipo: “Me gusta ir al Amadeo Roldán, cuando la sinfónica toca algo bueno, a San Francisco de Asís también cuando está la Camerata Romeu, Art Long, sobre todo cuando tocan cosas conocidas, Mozart, Vivaldi, cosas así de violines, cuando predominan los violines, me gusta mucho, por eso me gustan y también la Camerata Brindis de Salas, la de Guido López Gavilán, que se llama música tecno, música de cámara” (sujeto N). Asimismo una mujer de 60 años, pensionada, de nivel medio, ingresos medios, que no posee bienes modernos relacionados con la música, expresa “me gusta mucho la música de Ernesto Lecuona y he podido disfrutar de ella, pero quiero ir ver la Camerata Romeu y no he logrado ir a verla” (sujeto D). Así aunque en ambos casos se confirma la inclinación hacia este tipo de música, los puntos de divergencias estarían en la posibilidad real de asistir a los mismos y en las distintas formas de apropiación, pues mientras el primero recurre a criterios musicales la segunda al placer que le reporta.

En relación con los tipos de música preferidos se evidencia la influencia de varios elementos. Las personas con nivel superior, además de tener ocupaciones técnicas y ser mujeres, se sienten atraídas por los géneros de instrumental ligera, concierto y romántico. Las que tienen medio/superior, además de entre 15 y 20 años, ser hombres o estudiantes, señalan el rock, el jazz y la discoteca. Mientras que la campesina es señalada por los niveles iguales o menores que el primario, mayores de 61 años, obreros, pensionados y hombres.

La incidencia del capital cultural también se manifiesta en el espectro de predilecciones musicales, siendo mayor en jóvenes, con un capital alto, dado por niveles educativos superiores, y por una disposición y conocimientos hacia la misma, de forma que coinciden en: “Rock, clásica, popular cubana y la más antigua, latinoamericana, brasileña” (sujeto F), “me gusta cualquier tipo, menos rock y jazz, me gusta la de concierto,ailable, romántica, baladas, de buenas letras como la de Sabina o Arjona, la salsa” (sujeto H) “oigo música americana, pop, rock, la española, trovadores cubanos, de cámara” (sujeto N) “prefiero la música en inglés y en español el pop, salsa, baladas de rock, Queen y la instrumental” (sujeto J).

No obstante, la posibilidad de poder disfrutar de estas preferencias depende también y sobre todo, por la tenencia de un capital económico que les permita acceder a bienes de este tipo. De hecho no todos los que expresaron esa diversidad de gusto, cuentan con los mismos y son precisamente los que tienen un capital económico bajo (sujetos F y H).

Un ámbito importante donde se refleja la influencia del capital económico, es la ciudad, en especial lugares de entretenimiento y diversión. El grupo que posee uno alto se distingue del resto, por la asistencia asidua a sitios en dólares y con precios que el común de los cubanos no puede pagar, como son: restaurantes, centros nocturnos, piscina de hoteles, entre otros. En este sentido también se destacan, paseos a la Habana Vieja. Estas personas difieren asimismo por una jerarquía de prioridades que privilegia además de los gastos elementales, la diversión y el cuidado personal “divertirme, ir a lugares con shows humorísticos”(sujeto B); “... ropa, zapatos, ir a la peluquería, arreglarme las uñas, ir al gimnasio”(sujeto G) “salir a pasear por las noches”(sujeto N). Además de que las actividades deseadas remiten a un nivel que va más allá de lo elemental y cotidiano: “ir a excursiones a lugares desconocidos, como una isla virgen, con animales sueltos”(sujeto K), “seguir liga italiana y española de futbol, tener un satélite para ver canales (deporte, discovery), tener acceso a Internet (para buscar información de lo que me interese, comunicarme con amistades)”(sujeto N) “Navegar, Nadar, tener un velero, un carro, computadora con conexión a internet 100% gratis, para consultar bibliografía y hacer llamadas larga distancia”(sujeto L).

Dentro de este conjunto se destaca una fracción con un capital cultural bajo/medio que no se propone aumentar sus niveles de instrucción, ni su interacción con otros bienes culturales. Aunque uno de ellos refleja una predisposición hacia el incremento de sus conocimientos “... me gustaría saber más de cultura general, literatura, arquitectura, pintura, tendencias, estilos, escritores famosos, pintores” (sujeto G), lo que denota cierta necesidad de aprendizaje, no es capaz de aprovechar los recursos materiales de que dispone, tales como: computadora, a través de la cual con una conexión a internet, buscar información, revisar las enciclopedias que existen; el satélite, que la pone en contacto con disímiles canales del mundo, que proyectan documentales (por ejemplo, el discovery), entre otros. Negando así la posibilidad de convertir su alto capital económico en igual capital cultural.

El otro grupo contrasta en que no puede realizar actividades de su interés por su bajo capital económico, como son: “visitar lugares en Cuba (Viñales, Soroa, Varadero, el Cobre), ir a un lugar tranquilo (restaurante, al jazz café, al habana café, oír un grupo musical)”(sujeto A) “ir al parque, montar unos aparatos, ir a una excursión, a un restaurante”(sujeto C) “si tuviera más dinero me gustaría reunirme con mi familia todos los fines de semana, ir a la playa, comprar muchas revistas y un equipo de música”(sujeto D) “Salir aunque sea al malecón, tomar una cerveza, ir a una fiesta, bailar, ir a la playa”(sujeto E) “ir a la playa a menudo, a Varadero un fin de semana, a Tropicana, al cabaret Internacional o al Turquino”(sujeto H) “divertirme, estar en la calle, bailar, ir a la Macumba, casa de la música”(sujeto I). Nótese que para lo que este grupo es una añoranza para el otro es parte de su cotidianidad. Muchos de estos deseos se ven frustrados, precisamente, por los bajos ingresos ya sea reconocido *indirectamente*: “ a mí me pagan las discotecas, fíjate que ya llevo como 3 fines de semana que no salgo [...] antes podía ir, porque las relaciones más eran mejores, me invitaban, siempre andaba con gente que podían, tenían condiciones sociales, tenían economía. Ahora son los mismos deseos de ir, pero la persona no

existe”(sujeto A) o *directamente*: “[...] la mayoría de las veces no tengo dinero para irme a ninguna parte ¿Y para qué voy a moverme de mi casa?, ¿A sufrir?, no mejor me quedo en mi casa”(sujeto E). Es de destacar que son simplemente espacios de esparcimiento y diversión, lo que nos sugiere que esta necesidad difícilmente es satisfecha. En este grupo las prioridades que establecen en sus gastos están asociadas solamente a necesidades elementales “comida” “cosas de aseo”, además coinciden en ser los que mayormente pasan su tiempo libre en la casa.

Reflexiones ¿Finales?

A lo largo de este trabajo hemos visto los vínculos que se establecen entre la posición en el espacio social y los intereses y prácticas que las personas manifiestan. Aquellos relacionados con los bienes culturales clásicos, se encuentran en desventaja con los que se vinculan a los medios de comunicación masiva. Aunque son relevantes para segmentos poblacionales específicos, donde convergen alto capital cultural y variado capital económico, lo que contrasta con su ausencia en otros

En los conjuntos identificados delimitados entre otros aspectos por los géneros cinematográficos, literarios, el uso y disfrute de los bienes culturales clásicos, así como de la ciudad se evidencia el peso del capital económico, aunque al interior de cada uno existan por supuesto subgrupos que reflejan distintos capitales culturales. En este caso nos parece más relevante este eje, debido a que como se ha visto, la utilización y apropiación de los bienes disponibles, está mayormente determinado por la posibilidad financiera. De este modo se vinculan las condiciones económicas con los consumos culturales. Idea que defiende muy bien Bourdieu, al argumentar la configuración de las clases sociales a partir de rasgos culturales. A su juicio no pueden definirse por una sola ni por la suma de varias cualidades, “sino por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes que confiere a cada una de ellas y a los efectos que ella ejerce sobre las prácticas su valor propio”(Bourdieu, 1986:117-118). En consecuencia, el abordaje de las clases sociales no debe hacerse solamente en su vínculo con los medios de producción, sino también con en el barrio en que viven, la escuela que seleccionan para sus hijos, donde vacacionan, etc. Dichas prácticas culturales son para él, más que “rasgos complementarios” o “consecuencias secundarias” de las clases que las representan, en realidad constituyen características auxiliares que pueden activarse como principios de selección o de exclusión, sin ser jamás explícitamente enunciadas (Bourdieu, 1986). De esta manera resalta lo cultural como instrumento de crítica de la dominación de clase y como espacio esencial de la emancipación, no subalterno ni derivado del espacio económico, sino tan esencial como él.

En definitiva destaca que detrás de la aparente disgregación de las prácticas culturales, existe una organicidad y sistematicidad, muy vinculadas al orden social en que se expresan. En congruencia, todo consumo cultural, tiene una naturaleza distintiva, haya sido o no concebida para tal cosa. Se expresa en cualquier ámbito de la sociedad, como puede ser, el vestido, la alimentación y el deporte, los cuales solicitan y revelan la afirmación de clase. Esta última, definida solamente por su componente económico no explica toda la desigualdad, pero sí al menos aquella que dimana de una posesión o carencia de un bien –

tangible o intangible- significativo para ocupar posiciones ventajosas en el espacio social y ejercer dominio o estar en relación de dominación, con respecto a otras posiciones sociales.

Siguiendo esta lógica y a partir de los resultados expuestos anteriormente se puede establecer modos de consumo en los sujetos entrevistados, estrechamente vinculados a su posición en el espacio social. Aquellos cuya posición es baja disfrutan fundamentalmente de bienes vinculados a los medios de comunicación masiva (TV, Radio, periódicos y revistas), mientras que los de una posición media y alta disfrutan además de nuevas tecnologías de comunicación (video, computadora, antena de satélite), a lo que se suma el acceso a lugares en dólares para su entretenimiento y esparcimiento. Ahora bien esta relación condicionante está matizada por la intervención del capital cultural, que se hace evidente en el hecho de que personas con posición baja o media, disfrutan y se apropian de bienes vinculados incluso a lo artístico literario, por el contrario de aquellos con una posición media/alta que no muestran interés por incrementar su interacción con este tipo. Dicha apropiación como se ha visto puede manifestarse de manera diferente según el capital cultural que se posea, lo cual nos remite a uno de los consensos en las ciencias sociales, que nosotros compartimos: el carácter activo del consumo cultural.

Ha logrado superarse su mera asociación con el término de exposición. Ya no se conciben sujetos aislados y consumidores de medios, expuestos ante ellos, sino que los sujetos asignan, refuncionalizan y otorgan nuevos sentidos a los mensajes, así como asimilan, rechazan y negocian aquello que se les ofrece (García Canclini, 1992) Se concibe así el receptor como un productor, a partir de "un proceso constructivo, dialéctico y conflictivo" (Jacks, 1996 citado por Cantú)¹⁷. En esta misma línea, se encuentra la perspectiva de De Certeau (1979), al subrayar lo que tienen de productivas las prácticas de consumo. De hecho, opta por el término de practicante, dando cuenta más claramente, de que el sujeto siempre que se enfrenta a un bien cultural o al espacio urbano, "fabrica" y lo "usa" de una determinada manera. Dichas prácticas poseen una racionalidad y coherencia propia, en tanto cada cual transforma igual bien de consumo, en un producto propio, "diferente" "incoherente" y "soberbio".

No obstante, consideramos que lo económico en última instancia determina, ya que personas con bajo capital cultural de hecho pueden disfrutar de lo que les interesa y algunas con un nivel alto/medio, que muestran una predisposición hacia variados ámbitos de la cultura, ven obstaculizado el total disfrute de éstos, precisamente por este aspecto. En este último caso se refleja cierta contradicción en la realidad cubana, pues se definen e implementan políticas educativas y sociales en aras del desarrollo del capital cultural de las personas, mientras que su capital económico no es priorizado con la misma fuerza. Lo que conlleva en muchos casos a una disparidad en el progreso de ambos, mediando en sus consumos culturales. Al respecto es preciso resaltar, que ese bajo poder adquisitivo se ve compensado por precios estables y en función de los salarios promedios, en bienes clásicos como el cine, el teatro, el ballet y otros, lo que evidencia esfuerzos estatales concretos, por tratar de equilibrar y abaratar la oferta para hacerla más asequible a todos. Esto, si bien favorece que personas con bajo capital económico no tengan totalmente vedada esta oportunidad y se aminore dicha contradicción, no garantiza el acceso a otro tipo de bienes que requieren un mayor capital económico.

En relación con lo anterior, lo que podría transformar esa realidad sería la reconversión de un capital cultural en uno económico, para aquellos que muestran intereses específicos. Al

estilo de Bourdieu (1986), quien asume como estrategias de reconversión, aquellas acciones a través de las cuales cada grupo social mantiene o cambia su posición en la estructura social. Entre dichas acciones está el paso de una especie de capital en otra especie diferente, lo que cambiaría la especie dominante y con ello se produce un desplazamiento transversal de las personas en el espacio social. Este junto al vertical, que supone un movimiento ascendente o descendente en el mismo campo, constituyen las dos formas posibles de desplazamiento, las que a su juicio los estudios de movilidad confunden.

Esta opción nos remite a uno de los conflictos actuales de la sociedad cubana: el conocimiento no es un valor en el mercado del trabajo. A pesar de que los vinculados a la contabilidad y la informática, entre otros, gozan de cierta ventaja, esto no constituye una regularidad, y muchas veces tiene mayor relevancia el capital social que posean los individuos para el acceso a puestos con alta remuneración.

El tema del poco peso de la cualificación, ha sido tratado de una manera u otra en los análisis sobre las consecuencias de las políticas de reajuste aplicadas desde los '90. En este sentido, se destaca el traslado de la oferta de mano de obra hacia la actividad no estatal, los sectores transables y el turismo, lo que se relaciona con el incremento del salario medio en esas actividades (Ferriol 2000). En congruencia, se destaca como en la economía informal, determinadas ocupaciones de carácter intelectual (artesanos, artistas, pintores, escritores, promotores, entre otros) alcanzan ingresos mensuales que pueden ir desde \$1000.00 a \$300.00 dólares. Situación que quizás explica la desprofesionalización ocurrida por el efecto atractor del turismo, de este sector informal y otras actividades emergentes, que implican además, la subutilización de la calificación obtenida. De hecho se corrobora la salida, desde el trabajo intelectual, de investigadores, médicos, maestros y economistas fundamentalmente, hacia ocupaciones vinculadas al turismo (carpeteros, camareros, cantineros, taxistas, maleteros) y al sector informal (Espina et.al. 1988b)

Así, los autores señalan como el mayor impacto sobre la intelectualidad, su desplazamiento de la posición puntera en el conjunto de la estructura social, por la emergencia de grupos de altos ingresos no asociados a la calificación ni a la labor intelectual e incluso, en algunos casos, no provenientes del trabajo. Fenómeno reconocido como ““pirámide invertida””: intercambio de las posiciones privilegiadas y desventajosas en la estructura social por una brusca modificación de las vías de acceso al bienestar material --donde el mayor acceso no siempre se deriva de ocupaciones socialmente priorizadas por la relevancia de su rol en la estrategia económica y su aporte al bienestar común-- y de la escala de prestigio social de las profesiones”(Guzmán, A. 1995, citado por Espina et.al, 1998b: 20)¹⁸

Las reflexiones anteriores no obvian las medidas aplicadas, con vistas a disminuir estos efectos, lo que da cuenta de la distancia de la realidad cubana con la latinoamericana. En este caso se diseñan programas de empleos municipales, condicionan nuevos empleos, se aplica el redimensionamiento empresarial, se crean mecanismos que intermedian con los inversionistas extranjeros para la contratación de trabajadores, el salario y la seguridad social, entre otros. Además se ha recurrido a formas especiales de remuneración al trabajo como complemento al sistema salarial, puede ser en dólares, moneda nacional o en especie, es decir ya sea directamente o a través de facilidades para realizar compras en tiendas en esa moneda. Todo lo cual evidencia el importante papel que puede jugar la política social en la disminución de la conmovición inherente a procesos de reformas económicas (Ferriol, 2000). No obstante, se mantiene la desventaja de profesiones con alta preparación e

instrucción, vinculadas al sector estatal con respecto a otros como el mixto o el informal, y por ejemplo la remuneración para el complemento del salario se aplica fundamentalmente en las actividades generadoras de divisas.

De modo general, a pesar de todos estos esfuerzos, no cabe duda de que en la sociedad cubana actual se expresan diferencias sociales, cuya fuente principal son los ingresos, los cuales no siempre se corresponden con la cualificación de los individuos. Desproporciones que tienen su correlato en el consumo cultural, tal como se ha mostrado a lo largo de este artículo, de forma tal que se perfila como un espacio de desigualdad social, donde si bien la posesión de un alto capital cultural favorece un mayor disfrute de los bienes que se ofrecen, no determina su uso. En correspondencia, se evidencian también distancias importantes en la apropiación de los mismos a pesar de una política sistemática de hacer posible a todos el acceso a los distintos bienes de la cultura, fundamentalmente los relacionados con su campo artístico-literario. Esto implica que no existe una relación directa de causa-efecto, entre esfuerzos institucionales y su repercusión en la vida individual y colectiva de los sujetos. En este sentido los estudios sobre las particularidades del consumo cultural, tienen mucho que aportar, a partir de la potencialidad de este concepto para descifrar y comprender procesos sociales más generales. Tal como se ha visto, constituye un ámbito importante en la configuración de las diferencias y desigualdades sociales, convirtiéndose así en un objeto de inestimable valor para el análisis sociológico de cualquier sociedad.

Esta ha sido la intención del presente artículo, enfatizar la necesidad de analizar las desigualdades desde una perspectiva múltiple, donde lo cultural tenga igual relevancia que otros factores. Consideración aún más relevante en el contexto cubano, cuyas políticas sociales se proponen la equidad, justicia social y el acceso al bienestar material y cultural de toda la población. De esta manera, el enfoque propuesto, enriquece el abordaje del consumo cultural y su relación con la desigualdad, terreno de las ciencias sociales cubanas que ha sido descuidado, y amplía así el horizonte de reflexión de estos temas en el país.

Notas

* Yisel Rivero Baxter: Licenciada en Sociología, Master en Ciencias Sociales con orientación en educación. Investigadora del Centro de Investigación y Desarrollo para la Cultura Cubana “Juan Marinello”.

1. Términos que designan las políticas de esa época, caracterizadas por combinar por una parte, la continuidad de la propiedad social sobre los medios de producción y del estado como actor fundamental de las decisiones sociales y económicas, entre otras; y por otra, la ruptura con las formas de funcionamiento y de control. Martín, J.L y A. Capote (1997).
2. Y a pesar de que la apertura de los diferentes mercados regularizó la oferta de bienes y servicios en pesos, aún es imprescindible la tenencia de dólares para poder satisfacer algunas necesidades básicas (Marquetti, H, 1997)
3. En ambas épocas el método fundamental era la encuesta y la variable clase social la principal
4. Es considerado por la autora como el momento de toma de conciencia por parte de la comunidad científica cubana del estado de dependencia foránea en cuanto a las reflexiones y modos de abordar los medios, que atentaba contra una manera propia de analizarlos, prevaleciendo modelos y corrientes norteamericanas en detrimento de un pensamiento crítico latinoamericano
5. Catalogado por la autora como la del “viraje teórico”, pues se inicia una ruptura con las trayectorias teóricas y metodológicas anteriores, un mayor respaldo institucional, apertura de nuevos temas y búsqueda de nuevos referentes teóricos
6. Para mayor información ver Cuadot, F. y J. Torres (1978)
7. Para mayor información ver Hernández, A. (1978)
8. Se destacan trabajos que abarcan las cuatro dimensiones (Roque, R., et.al., “Investigación sobre la cultura del tiempo libre en Matanzas”) y otros que se centran en una de ellas (Linares, C y C. Arregoitia “Factores motivacionales en el tiempo libre”)
9. Correa, S., et.al., “Algunas tendencias sobre el consumo cultural de la población urbana en Cuba”, Centro Juan Marinello, 1998. Este trabajo marcó el inicio de una línea de investigación que se desarrolla en dicho centro, centrándose en estudios de caso de determinadas provincias y que actualmente continúa su labor en este sentido, cada vez más, profundizando en aquellos aspectos que han resultado relevantes.
10. Linares, C., et.al., “La población: actor de participación en el desarrollo cultural. Un estudio en la provincia de Villa Clara”, Centro Juan Marinello, 1998
11. Proceso reconocido como “reestratificación”, en tanto se alteran las relaciones sociales, de forma que aparecen nuevos estratos y jerarquías entre éstos. (Espina, M., 1998a)
12. Este resultado se obtuvo en una investigación realizada por el Instituto Nacional de Investigaciones Estadísticas, auspiciada por el PNUD, durante los años 1996 y 1997
13. En este caso se aplicó una metodología validada internacionalmente, en cuyo índice se incluye: educación, ingreso, salud, longevidad y servicios básicos

14. La educación regular en Cuba se estructura por: nivel preescolar (desde los 6 meses hasta los 5 años); educación primaria (6 a 11 años de edad, incluye 6 grados); educación general media, dividida en secundaria básica (12 a 14 años, con 3 grados) y en preuniversitario (15 a 17 años de edad y de 10 a 12 grado); educación politécnica (incluye de 2 a 3 grados, que puede iniciarse al culminar la secundaria básica o después del preuniversitario); educación superior (incluye de 5 a 6 años de estudio).

15. El cuadro propuesto por la autora se configura según: la ocupación, el sector y la rama de actividad. La primera se refiere a obreros y trabajadores de los servicios, intelectuales, dirigentes, pequeños empresarios informales, trabajadores independientes o cuentapropistas “puros”, asalariados privados; campesinos cooperativistas, trabajadores de las UBPC, campesinos individuales (PAI). El segundo contempla: el sector estatal tradicional, con empresas de limitadas posibilidades de gestión y sujetos a las contingencias de los recursos disponibles; el sector estatal emergente empresas con esquemas de autofinanciamiento en divisas con sistemas de organización relativamente independientes del de la economía; el sector mixto con capital extranjero empresas mercantiles que operan solamente en divisas con sistemas de organización sobre bases legales e instrucciones propias y el sector informal vinculado a la propiedad privada o cooperativa. La tercera supone áreas como: turismo, agroindustria azucarera, níquel, producción petrolera, salud pública, educación, biotecnología, producción médico-farmacéutica, alimentaria y la informática, entre otros.

16. El trabajo por cuenta propia es la denominación oficial del autoempleo en Cuba, concepción que no es fortuita, sino que refleja una intención estatal, legalmente estipulada de concebir y limitar el fenómeno del autoempleo a la forma más simple, el trabajo individual, independiente o cuenta propia “puro”. La intención es impedir su expansión ilimitada, disminuir la proliferación del empleador privado, como una forma de obstaculizar la formación de una pequeña burguesía informal y mantener en niveles relativamente bajos las desigualdades sociales. (Espina, 1998b)

17. Jacks, Nilda (1996) "Tendencias latinoamericanas en los estudios de recepción" en Revista Famecos Mídia, Cultura e Tecnologia, nº 5, fac. Dos meios de comunicação social, puc, rio grande do sul).

18. Guzmán, A. 1995 “Redimensionamiento y reestructuración de la economía cubana”. Intervención en Seminario por el Primer Aniversario del Sindicato de las Ciencias. La Habana.

Bibliografía

- Alonso, María M. (2000) “La investigación de la comunicación en Cuba: préstamos teóricos para un itinerario singular” en *Revista Temas*, no 20-21, enero-junio, la habana.
- Álvarez, Oneida (1998) “Principales rasgos de la evolución reciente en la economía cubana” en: Busquets, Julio (coord.) *Cuba: Sociedad y Trabajo*, (España: Edita Ajuntament de Barberá del Vallés y La Fundación Comaposada)
- Ariño, Antonio (1997) *Sociología de la cultura*, (Barcelona: editorial Ariel)
- Benvenuto, Sergio y Roberto Roque (1990) “El tiempo libre de la población y sus formas de empleo más cultas”(Cuba: Ministerio de Cultura, material de trabajo).
- Bobbio, Norberto (1993) 1977 *Igualdad y libertad* (Buenos Aires-Barcelona-México: Paidós, ICE/U.A.B.)
- Bourdieu, Pierre (1986) *La distinción, criterio y bases sociales del gusto* (Madrid: Taurus)
- Bourdieu, Pierre (1990) *Sociología y Cultura* (México: editorial Grijalbo s.a.)
- Bourdieu, Pierre y Lóic J. D. Wacquent, (1995) *Respuestas por una Antropología Reflexiva* (México: editorial Grijalbo s.a.)
- Cantú, Ariadna “Consumo, recepción y usos. Un juego de implicaciones”, (Argentina: Universidad Nacional de Río Cuarto)
- Cuadot, Felicita y José Torres (1978) “Vivienda y Actividad. Alamar, una experiencia” en *Demanda* (Cuba: ICIODI, Boletín informativo) año 3, no 1.
- De Certeau, Michel (1979) “Prácticas cotidianas” en: idem *Les Cultures Populaires*, (París, traducción de Laura López)
- Espina, Mayra et al (1998a) “Cuba: reforma económica y reestratificación social” en: Busquets, Julio (coord.) op. cit.
- et al (1998b) “Componentes y tendencias socioestructurales de la sociedad cubana actual” (Cuba: Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente. Informe de investigación)
- (2001) “Reajuste, reestratificación y territorialidad en Cuba” (Ponencia presentada en el congreso de LASA, Washington DC, septiembre 6 al 8)
- Ferriol, Angela (1999) “Pobreza en condiciones de reforma económica: el reto a la equidad en Cuba” en *Revista Cuba: Investigación Económica*, No 1, Instituto Nacional de Investigaciones Económica.
- (2000) “Apertura externa, mercado laboral y política social” en *Revista Cuba: Investigación Económica*, No 1, Instituto Nacional de Investigaciones Económica.
- García Canclini, Néstor (1992) *El consumo cultural en México* (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes)

- (1995) *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización* (México: editorial Grijalbo)
- y Mabel Piccini (1992) “Culturas de la Ciudad de México: símbolos colectivos y usos del espacio urbano” en idem (1992) op cit.
- González, Alfredo 2000. “Economía y Sociedad: retos del modelo económico” en: Moreno, M et al (coord.) *Cuba construyendo futuro, reestructuración económica y transformaciones sociales* (España: editorial El viejo topo)
- Guzmán Carlos (1996) “La demanda del "nosotros": descubriendo la ciudad como acontecimiento de consumo cultural” en "Medios de Comunicación y Poder" (Universidad Central de Venezuela: Fundación Carlos Eduardo Frias)
- Hernández, Angel (1978) “El tiempo libre en Cuba. Consideraciones teóricas y resultados de una encuesta” en *Demanda* op.cit.
- Hopenhayn, Martín (2001) “¿Integrarse o subordinarse? nuevos cruces entre política y cultura” en Mato daniel (comp..) *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Buenos Aires: CLACSO)
- Perera, Maricela (1998) “Significados en torno a la desigualdad social” (La Habana: Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente. Informe de investigación)
- Roque, Roberto (1993) “El concepto de tiempo libre: fundamento de un modelo normativo del progreso de la actividad libre en el socialismo” (Cuba: material de trabajo)
- Williams Raymond (1992) “Hacia una sociología de la cultura” en idem, *Sociología de la cultura* (Barcelona: editorial Paidós)